

# ¿Colapso inminente?

Texto: JEREMY RIFKIN



Jeremy Rifkin, miembro de la renombrada Wharton School, se pregunta en vista de la reducción del tiempo debida a la movilización tecnológica: ¿a qué tanta prisa?

EL MUNDO ENTERO se apresura a participar en la revolución informática, todos quieren estar conectados. De un tiempo a esta parte incluso hemos creído que era una cuestión prioritaria asegurar a cada individuo el acceso al mundo virtual. Sin embargo, un asunto no menos importante ha comenzado a dominar el debate público: ¿no es un problema igual de grave el exceso que la falta de acceso? ¿Acaso no está acelerando la revolución informática la actividad humana de tal forma que corremos el riesgo de sufrir grandes daños?

No pasa día que no se lance al mercado un nuevo *software* y una nueva tecnología de telecomunicación para comprimir el tiempo, acelerar la actividad y procesar masas de información cada vez mayores. Hoy vivimos en la cultura del nanosegundo.

Los profetas de la Era Digital nos anunciaron que el acceso instantáneo haría más cómoda nuestra vida, nos liberaría de lastres innecesarios y nos permitiría ahorrar tiempo. Hoy en día, sin embargo, después de haberse invertido miles de millones de dólares en las nuevas tecnologías, nos planteamos una acuciante pregunta: ¿no podría ser que justo las maravillas técnicas que supuestamente iban a liberarnos nos estén comenzando a esclavizar en una red de conexiones cada vez más veloces de la que no será fácil evadirse?

Nuestros fax, correos electrónicos, buzones de voz, computadoras personales, Pilotos Palm y celulares, nuestros cajeros automáticos en servicio día y noche, los servicios bancarios *on line*, el comercio electrónico, los servicios informativos y los programas de entretenimiento en TV las 24 horas del día, los servicios de entrega a domicilio día y noche: todos reclaman nuestra atención.

Si bien hemos creado todo tipo de medios para satisfacer nuestros deseos y necesidades en esta nueva esfera, nos parece que disponemos de menos tiempo que todas las generaciones que nos precedieron. La gran

proliferación de medios para ahorrar tiempo y trabajo sólo ha servido para incrementar la variedad, el ritmo y el caudal de actividades comerciales y sociales en nuestro entorno inmediato.

Por ejemplo, el correo electrónico es una gran comodidad. Por desgracia, buena parte del día la pasamos atendiendo nuestra correspondencia electrónica. El celular permite ganar tiempo. Por desgracia, nos pone al alcance de cualquier persona que reclama nuestra atención. No cabe la menor duda de que el tiempo se ha convertido en nuestro bien más escaso.

Nos encontramos hoy en un mundo temporal de interdependencias mucho más complejas hechas de redes de relaciones y actividades humanas en perpetuo cambio; un mundo en el que cada minuto del que disponemos significa la oportunidad de poder establecer una nueva conexión.

¿Qué ocurre cuando nuestras vidas discurren día y noche siguiendo el compás de redes que operan a la velocidad de la luz? Los síntomas de la nueva angustia pueden observarse por doquier.

En todo el mundo están aumentando considerablemente las enfermedades originadas por el estrés crónico. Según los expertos, muchas de ellas son atribuibles al exceso de información y al agotamiento que padecen cada vez más personas incapaces de adaptarse al ritmo, la masa y la densidad de la interacción humana hecha posible por las nuevas tecnologías. En los EE UU, el estrés alcanzó dimensiones epidémicas durante el decenio pasado. El 43% de la población adulta sufre trastornos debidos al estrés, y el estrés laboral —en forma de absentismo, disminución de productividad, fluctuación de personal y costes médicos— está causando a la industria estadounidense pérdidas de miles de millones de dólares al año.

De acuerdo con un informe reciente de la International Labor Organization (ILO), uno de cada diez adultos en todo el mundo pa-

dece estrés, depresión y agotamiento irreversible. Esa misma organización predice un aumento drástico del estrés en la medida en que se introduzcan tecnologías más veloces y se acelere la globalización. Las enfermedades debidas al estrés —depresión, afecciones cardíacas, infarto, cáncer y diabetes— se están propagando tan rápido que el estrés podría convertirse en la principal causa de enfermedad en la Era de la Información, advierten algunos observadores.

La actividad comercial y social las 24 horas del día ha reducido el número de horas consagradas al sueño. En 1910, el adulto promedio solía dormir de nueve a diez horas por noche. Hoy duerme menos de siete horas por noche en los países industrializados, lo que significa 500 horas de vigilia adicionales al año. El problema radica en que los relojes internos de los seres humanos se rigen por la rotación del planeta y por ritmos diarios y mensuales, así como por el cambio de estaciones. Estamos biológicamente diseñados para irnos a dormir después del crepúsculo y para levantarnos con la salida del sol. La privación masiva del sueño, consecuencia del nuevo ritmo vertiginoso de vida, se vincula cada vez más con la declaración de enfermedades graves como diabetes, cáncer, infartos y depresión

**N**INGÚN otro grupo acusa el impacto de la sociedad "a cámara rápida" de forma tan clara como los niños. A millones de niños, en especial varones, se les ha diagnosticado en EE UU el síndrome de atención deficitaria por trastorno hiperactivo (Attention Deficit Hyperactivity Disorder), y el mismo fenómeno comienza a observarse en Europa y otras partes del mundo.

Los niños afectados se impacientan con facilidad, no pueden concentrarse, son irascibles y se desaniman pronto. ¿Debemos maravillarnos? Un infante que crece en un entorno dominado por la tv, los videojuegos, las computadoras, sometido a la conti-

nua estimulación medial, muy probablemente tendrá un desarrollo neuronal deficiente que condicionará, a su vez, una capacidad de concentración escasa. Si aceleramos más el ritmo, corremos el riesgo de que la impaciencia sea la actitud habitual de la nueva generación.

Por su parte, la gente conservadora se queja del deterioro de los buenos modales y lo adjudica a la pérdida de los valores morales y religiosos. ¿A quién le preocupa que la cultura de la hiperceleridad nos esté haciendo cada vez menos capaces de escuchar, de considerar y reflexionar? Nuevos comportamientos antisociales causados por el estrés, de consecuencias alarmantes, han hecho su aparición. Un número creciente de personas descarga su estrés con ataques de furia violenta en la oficina, al conducir e incluso al viajar en avión. En nuestra sociedad instantánea no debería sorprendernos que muchas personas se enfurezcan por detalles insignificantes.

Tal vez debamos preguntarnos qué tipo de conexiones cuentan de verdad y qué clase de acceso importa realmente en la economía electrónica. Si de lo que se trata es sólo de incrementar al máximo la velocidad y la eficiencia, podríamos perder algo más precioso aún que el tiempo: el sentido de lo que significa ser un hombre.

Hasta ahora sólo nos hemos ocupado de integrar de la mejor manera posible nuestras vidas en la nueva revolución tecnológica. Ha llegado el momento de hacernos una pregunta más profunda: ¿qué sociedad debemos crear para hacer de estas tecnologías hiperveloces un vigoroso complemento de nuestras vidas y sobre todo para evitar que esas mismas tecnologías nos despojen de toda humanidad? ■

JEREMY RIFKIN es autor del libro "Acceso. La desaparición de la propiedad" y presidente de la Foundation on Economic Trends de Washington, institución independiente que investiga temas relacionados con la biotecnología.

"Si de lo que se trata es sólo de incrementar al máximo la velocidad y la eficiencia, corremos grave peligro de perder algo más precioso aún que nuestro tiempo: el sentido de lo que significa ser un hombre."

los países industrializados, lo que significa 500 horas de vigilia adicionales al año. El problema radica en que los relojes internos de los seres humanos se rigen por la rotación del planeta y por ritmos diarios y mensuales, así como por el cambio de estaciones. Estamos biológicamente diseñados para irnos a dormir después del crepúsculo y para levantarnos con la salida del sol. La privación masiva del sueño, consecuencia del nuevo ritmo vertiginoso de vida, se vincula cada vez más con la declaración de enfermedades graves como diabetes, cáncer, infartos y depresión

NINGÚN otro grupo acusa el impacto de la sociedad "a cámara rápida" de forma tan clara como los niños. A millones de niños, en especial varones, se les ha diagnosticado en EE UU el síndrome de atención deficitaria por trastorno hiperactivo (Attention Deficit Hyperactivity Disorder), y el mismo fenómeno comienza a observarse en Europa y otras partes del mundo.

Los niños afectados se impacientan con facilidad, no pueden concentrarse, son irascibles y se desaniman pronto. ¿Debemos maravillarnos? Un infante que crece en un entorno dominado por la tv, los videojuegos, las computadoras, sometido a la conti-